

MEDICINA PARA EL ESPIRITU

Nada hay más semejante a una biblioteca que una botica. Si en las estanterías farmacéuticas se guardan los remedios contra las enfermedades del cuerpo, en los anaqueles de las buenas librerías se encierran los específicos reclamados por la dolencia del ánimo.

Por tanto, la biblioteca del escritor debe ofrecernos, en armonía con el estado de nuestro espíritu, libros fúnebres que hagan llorar, como la *pilocarpina*; libros que hagan reír y delirar, como el *alcohol* y el *haschisch*; libros sedantes, como el *veronal*; libros *analgésicos*, como la *coquina* y la *morfina*; libros tonificantes, como los *preparados de hierro*; y hasta libros de pura broza, ganga y relleno, como la *vaselina* y el *cerato simple*.

No sonría el lector demasiado severo o desdeñoso; tales insulsas obras nos enseñan a apreciar por contraste las producciones maestras del ingenio, con la ventaja de proporcionarnos, leídos después de cenar y a pequeños sorbos (naturalmente), el sueño más fisiológico, profundo y reparador que se conoce.

Ramón y Cajal.